

rebuscó, creyendo que aquello le pertenecía, y encontró, al fin, una camisa de olán batista, rica en encajes, pero amarillenta por los años, que había llevado el último cacique de Mamatoco el día que lo condecoró Morillo, y que ahora abrigaba el cadáver de Bolívar.

Tan ajustada a la verdad es la relación del doctor Révérend, que efectivamente en el minucioso inventario de los «Bienes que dejó el Libertador en San Pedro Alejandrino», aparecen inventariados «2 colchas, unos pantalones de paño, un colchón, 10 manteles usados, grandes y chicos, de dril, algodón e hilo», etc., etc., pero no se hace mención de una sola camisa (1).

Las reliquias de Bolívar, envueltas en la camisa de batista del último cacique de Mamatoco, fueron primeramente sepultadas en una capilla privada de la catedral de Santa Marta; más tarde, por razones no muy claras, retiradas de allí y colocadas bajo la cúpula de la misma catedral, donde permanecieron hasta el año de 1842, en que fueron conducidas a Venezuela, en una ceremonia emocionante y para siempre memorable, y enterradas en la Capilla de la Santísima Trinidad de la Catedral de Caracas, panteón de la familia de los Bolívars. Por último, en 1876, el Gobierno de Venezuela dispuso que fueran depositadas en la riquísima urna obsequiada por Colombia en 1842, y trasladadas definitivamente al Panteón nacional de Caracas, donde hoy se encuentran.

Bolívar murió; pues, no hay duda alguna, sin camisa, y nunca, en su breve y maravillosa vida, encontró la del hombre feliz, porque Bolívar, como el hombre feliz, no tenía camisa.

CORNELIO HISPANO

P. S.—Al escribir «Las camisas de Bolívar», que publicó *El Tiempo* en su edición de 7 del presente, dejé olvidado en el tintero uno de los más bellos episodios relacionados con la escasez de camisas de Bolívar, y no me conformo que quede por fuera.

(1) *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia de Historia*. Bogotá, 1902. T. I, p. 41.

Refiere el hecho don José María Espinosa, llamado el abanderado de Nariño, en sus Memorias publicadas en Bogotá en 1876, al hablar de la entrada del Libertador a la capital después del triunfo de Boyacá. Había salido él con Maza al encuentro de los vencedores:

«Apenas habíamos andado dos leguas, cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de su magnífico caballo ceryuno...»

«Maza reconoció a Bolívar que había dejado en el Puente del Común su escolta y edecanes y se había adelantado solo para entrar a Bogotá...»

«Vestía un uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos... Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa. Un sujeto salió a la Calle Real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarlas a Bolívar.»

Un testimonio más, e intachable, de que Bolívar, como el hombre feliz, no tenía camisa.

C. H.

(*El Tiempo*, Bogotá).

El maíz

[En el comedor de la ESCUELA NORMAL se reunieron los alumnos de los tres años normales; invitaron a los Profesores a un café servido con platos típicos hechos por las alumnas con el producto de una «milpa» cultivada por los muchachos: en la cordialidad de aquellos momentos, se dijeron estas palabras].

TIENE una piedra de sacrificio donde el grano torturado se cambia en blandura purísima: piedra que labró el indio, con mano de artífice muchas veces. Piedra de moler el maíz que evoca vivamente el hogar indígena: bajo el techo pajizo del rancho, junto al fogón que arde con la roja alegría de las llamas, está la india, escultura de arcilla nicoyana, arrodillada y doblegada sobre la piedra de moler. Maneja hábilmente la «mano de piedra» que tritura los granos blancos como de perlas, uno, dos, tres; uno, dos, tres... así, con movimientos acompasados, va convirtiendo el maíz cocido en blanca masa: luego, con ligeros movimientos, entre sus manos regordetas y morenas, «palmea» una redonda y blanca tortilla, que pone a dorar al calor de las llamas. Y ésta ha sido la tarea que, mañana a mañana, durante siglos, ha repetido la raza silenciosa y salvaje que vivía de la pureza de la tierra y de la adoración del sol.

Cuando los centauros iberos penetraron en sus selvas y el hambre y las fatigas y las fiebres tropicales los tornaban inútiles para soportar el peso de sus férreas armaduras, de sus espadas y sus lanzas, vieron al indio fuerte y ágil como su arco de palmera

y su flecha de barbas de pluma, alimentarse con el maíz nutritivo. Y los iberos pidieron el maíz a los indígenas, y lo encontraron tan noble como el trigo de la Península!

Y, desde entonces su éxito o sus fracasos dependieron en gran parte, en sus heroicas conquistas, de la abundancia o la escasez del precioso maíz. ¡Cuántas veces, ante el avance cruel del español, el indio americano, como única venganza, cuando ya tenía roto el arco, agujereado el pavés y sin flechas el carcaj, arrancaba sus milpas... Y el conquistador, tras el rudo trepar por las faldas del volcán, coronado de fuego, como un apóstol el día de pentecostés, o por las rocas peladas de las montañas, veía con tristeza y, a veces con terror, en los valles de las cumbres, en las mesetas plácidas, las aldeas de ranchos desiertas, y arrancados de cuajo los plantíos de maíz!

¡El maíz! La planta venerada de nuestros aborígenes: ella les daba el diario sustento: les brindaba para sus fiestas ceremoniales, el licor de sus delirios: la chicha, de maíz rojo, que recuerda al sagrado soma.

Una vez al año, celebraban los caciques de pintados arreos, la fiesta solar: reuníanse en el valle o a la orilla del río, y allí, con el cuchillo de pulida obsidiana, sajabábase la punta de la lengua, ante la multitud silenciosa, y hacían caer las gotas de sangre sobre escogidas mazorcas, como gotas de rubí sobre un joyel de perlas níveas. Y luego el pueblo comía devotamente aquel maíz, que era pan de paz y de fraternidad entre las tribus de natural sanguinarias y pugnaces.

De esa raza extinta nos queda en los museos, junto con el arco, la flecha, el parche de piel de iguana, y el plumaje gárrulo del Cacique, junto al

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA